

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LIII, número 3 (2.700)

Ciudad del Vaticano

15 de enero de 2021

Garantizar
el acceso
a los
tratamientos
a los más
vulnerables



MOTU PROPRIO DEL PONTÍFICE EL PAPA PIDE QUE LOS MINISTERIOS DEL LECTORADO Y EL ACOLITADO SE ABRAJEN A LAS MUJERES (PÁGINA 3)

Francisco durante el rezo dominical

En el Ángelus el llamamiento del Papa tras el asalto al Capitolio

Reconciliación nacional y tutela de la democracia en Estados Unidos



Un doble compromiso por la «reconciliación nacional» y la tutela de los «valores democráticos arraigados en la sociedad» fue pedido por el Papa a las autoridades y «al pueblo de Estados Unidos de América, sacudido por el reciente asedio al Congreso». El llamamiento fue lanzado el domingo 10 de enero, al finalizar el Ángelus rezado —todavía sin la presencia de los fieles a causa del Covid-19— en la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano. En precedencia, comentando como es habitual el Evangelio del día, Francisco había ofrecido una meditación sobre el Bautismo de Jesús.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Hoy celebramos el Bautismo del Señor. Dejamos, hace pocos días, a Jesús niño visitado por los Magos; hoy lo encontramos como adulto en la orilla del Jordán. La Liturgia nos hace realizar un salto de unos treinta años, treinta años de los que sabemos una cosa: fueron años de vida escondida, que Jesús pasó en familia —algunos, primero, en Egipto, como migrante para huir de la persecución de Herodes, los otros en Nazaret, aprendiendo la profesión de José—, en familia obedeciendo a sus padres, estudiando y trabajando. Impresiona que el Señor haya pasado así la mayor parte del tiempo en la Tierra, viviendo la vida de todos los días, sin aparecer. Pensemos que, según los Evangelios, fueron tres años de predicaciones, de milagros y tantas cosas. Tres. Y los otros, todos los otros, de vida escondida en familia. Es un bonito mensaje para nosotros: nos revela la grandeza de lo cotidiano, la importancia a los ojos de Dios de cada gesto y momento de la vida, también el más sencillo, también el más

escondido. Después de estos treinta años de vida escondida empieza la vida pública de Jesús. Y empieza precisamente con el bautismo en el río Jordán. Pero Jesús es Dios, ¿por qué se hace bautizar? El bautismo de Juan consistía en un rito penitencial, era signo de la voluntad de convertirse, de ser mejores, pidiendo perdón por los propios pecados. Realmente Jesús no lo necesitaba. De hecho Juan Bautista trata de oponerse, pero Jesús insiste. ¿Por qué? Porque quiere estar con los pecadores: por eso se pone a la fila con ellos y cumple su mismo gesto. Lo hace con la actitud del pueblo, con su actitud [de la gente] que, como dice un himno litúrgico, se acercaba “desnuda el alma y desnudos los pies”. El alma desnuda, es decir, sin cubrir nada, así, pecador. Este es el gesto que hace Jesús, y baja al río para sumergirse en nuestra misma condición. Bautismo, de hecho, significa precisamente “inmersión”. En el primer día de su ministerio, Jesús nos ofrece así su “manifiesto programático”. Nos dice que Él no nos salva desde lo alto,

con una decisión soberana o un acto de fuerza, un decreto, no: Él nos salva viniendo a nuestro encuentro y tomando consigo nuestros pecados. Es así como Dios vence el mal del mundo: bajando, haciéndose cargo. Es también la forma en la que nosotros podemos levantar a los otros: no juzgando, no insinuando qué hacer, sino haciéndonos cercanos, com-padeciendo, compartiendo el amor de Dios. La cercanía es el estilo de Dios con nosotros; Él mismo se lo dijo a Moisés: “Pensad: ¿qué pueblo tiene sus dioses tan cercanos como vosotros me tenéis a mí?”. La cercanía es el estilo de Dios con nosotros. Después de este gesto de compasión de Jesús, sucede algo extraordinario, los cielos se abren y se desvela finalmente la Trinidad. El Espíritu Santo desciende en forma de paloma (cf. Mc 1,10) y el Padre dice a Jesús: «Tú eres mi Hijo muy querido» (v. 11). Dios se manifiesta cuando aparece la misericordia. No olvidar esto: Dios se manifiesta cuando aparece la misericordia, porque ese es su rostro. Jesús se hace siervo de los pecadores y es proclamado Hijo; baja sobre nosotros y el Espíritu desciende sobre Él. Amor llama amor. Vale también para nosotros: en cada gesto de servicio, en cada obra de misericordia que realizamos Dios se manifiesta, Dios pone su mirada en el mundo. Esto vale para nosotros.

Pero, antes de que hagamos cualquier cosa, nuestra vida está marcada por la misericordia que se ha fijado sobre nosotros. Hemos sido salvados gratuitamente. La salvación es gratis. Es el gesto gratuito de misericordia de Dios con nosotros. Sacramentalmente esto se hace el día de nuestro Bautismo; pero también aquellos que no están bautizados reciben la misericordia de Dios siempre, porque Dios está allí, espera, espera que se abran las puertas de los corazones. Se acerca, me permito decir, nos

acaricia con su misericordia. La Virgen, a la que ahora rezamos, nos ayude a custodiar nuestra identidad, es decir la identidad de ser “misericordiosos”, que está en la base de la fe y de la vida.

Después de la oración mariana, el Pontífice habló de la situación estadounidense; también saludó a los fieles que le siguen a través de los medios de comunicación, se lamentó por no haber podido bautizar —por las limitaciones impuestas por la pandemia— a los niños en la Capilla Sixtina como es tradición, y dirigió un saludo «a todos los niños que en este periodo reciben» el sacramento. Finalmente recordó la conclusión del tiempo litúrgico de Navidad y el inicio del Tiempo ordinario, exhortando «a vivir con amor las cosas» para «hacerlas extraordinarias».

Queridos hermanos y hermanas:

Dirijo un afectuoso saludo al pueblo de Estados Unidos de América, sacudido por el reciente asedio al Congreso. Rezo por aquellos que han perdido la vida — cinco—, la han perdido en esos dramáticos momentos. Reitero que la violencia es autodestructiva siempre. No se gana nada con la violencia y se pierde mucho. Exhorto a las Autoridades del Estado y a toda la población a mantener un alto sentido de responsabilidad, con el fin de calmar los ánimos, promover la reconciliación nacional y tutelar los valores democráticos arraigados en la sociedad americana. La Virgen Inmaculada, Patrona de los Estados Unidos de América, ayude a mantener viva la cultura del

encuentro, la cultura del cuidado, como vía maestra para construir juntos el bien común; y lo haga con todos aquellos que habitan en esa tierra.

Y ahora os saludo de corazón a todos vosotros, que estáis conectados a través de los medios de comunicación. Como sabéis, a causa de la pandemia, hoy no he podido celebrar los Bautismos en la Capilla Sixtina, como es habitual. Aún así, deseo igualmente asegurar mi oración por los niños que estaban inscritos y por sus padres, padrinos y madrinas; y la extendiendo a todos los niños que en este periodo reciben el Bautismo, reciben la identidad cristiana, reciben la gracia del perdón, de la redención. ¡Dios bendiga a todos!

Y mañana, queridos hermanos y hermanas, concluido el Tiempo de Navidad, retomaremos con la liturgia el camino del Tiempo Ordinario. No nos cansemos de invocar la luz y la fuerza del Espíritu Santo, para que nos ayude a vivir con amor las cosas ordinarias y así hacerlas extraordinarias.

Es el amor que cambia: las cosas ordinarias parecen seguir siendo ordinarias, pero cuando se hacen con amor se vuelven extraordinarias.

Si permanecemos abiertos, dóciles, al Espíritu, Él inspirará nuestros pensamientos y nuestras acciones de cada día.

Os deseo a todos vosotros feliz domingo.

Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

Más esfuerzos para alcanzar la paz en Sudán del Sur

Publicamos, a continuación, el mensaje enviado a los líderes de Sudán del Sur por el Papa, el Primado anglicano y el Moderador de la Iglesia de Escocia.

EXCELENCIAS:

En este tiempo de Navidad, recordamos que nuestro Señor Jesucristo vino al mundo entre los últimos, en un polvoriento establo con animales. Más tarde, llamó a los que quieren ser grandes en su reino a ser siervos de todos (Mc 10, 43). Permanecemos fervorosamente conscientes de los compromisos asumidos en el Vaticano en abril de 2019: el vuestro de llevar vuestro país a una aplicación armoniosa del Acuerdo de Paz, y el nuestro de visitar Sudán del Sur a su debido tiempo, mientras las cosas vuelven a la normalidad. Nos ha alegrado ver los pequeños progresos que habéis conseguido

pero sabemos que no son suficiente para que vuestro pueblo sienta plenamente los efectos de la paz. Cuando lo visitemos, anhelaremos dar testimonio de una nación cambiada, gobernada por líderes que, en palabras del Santo Padre el año pasado, «con las manos unidas... de simples ciudadanos os convertiréis en Padres (y Madres) de la Nación». Rezamos, esta Navidad, para que halléis una mayor confianza entre vosotros y una mayor generosidad en el servicio a vuestro pueblo. Rezamos para que conozcáis la paz que supera todo juicio en vuestros propios corazones y en el corazón de vuestra gran nación (Flp 4, 7).

FRANCISCO

JUSTIN WELBY

MARTIN FAIR

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicum suum Non praevalent

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.orspcva
www.osservatoreromano.va

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
publicazioni.photo@spc.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@redirezionsystem@ilsol24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 45450/45451/45454, fax + 39 06 698 45456, e-mail: ingo.or@spc.va - diffusione.or@spc.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 5518 75 31; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.

En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Motu proprio: Que los ministerios del Lectorado y el Acolitado se abran a las mujeres

El Papa pide que los ministerios del Lectorado y el Acolitado se abran a las mujeres

El Papa Francisco ha establecido con un Motu Proprio que los ministerios del Lectorado y del Acolitado están en adelante también abiertos a las mujeres, de forma estable e institucionalizada con un mandato especial. Publicamos, a continuación, la Carta del Pontífice "Spiritus Domini", que modifica el primer párrafo del canon 230 del Código de Derecho Canónico. Francisco especifica que ha querido aceptar así las recomendaciones que surgieron en varias asambleas del Sínodo de los Obispos.

El Espíritu del Señor Jesús, fuente perenne de la vida y de la misión de la Iglesia, distribuye a los miembros del pueblo de Dios los dones que permiten a cada uno, de modo diverso, contribuir a la edificación de la Iglesia y al anuncio del Evangelio. Estos carismas, llamados ministerios, en cuanto son públicamente reconocidos e instituidos por la Iglesia, se ponen a disposición de la comunidad y de su misión de manera estable.

En algunos casos, esta contribución ministerial tiene su ori-

gen en un sacramento específico, el Orden sacro. Otras tareas, a lo largo de la historia, han sido instituidas en la Iglesia y confiadas a través de un rito litúrgico no sacramental a los fieles, en virtud de una peculiar forma de ejercicio del sacerdocio bautismal, y en ayuda del ministerio específico de los obispos, presbíteros y diáconos. Siguiendo una venerable tradición, la recepción de los "ministerios laicales" que san Pablo VI reguló en el *Motu Proprio Ministeria quaedam* (17 de agosto de 1972), precedía a mo-

do de preparación a la recepción del Sacramento del Orden, aunque tales ministerios se conferían a otros fieles idóneos de sexo masculino.

Algunas Asambleas del Sínodo de los Obispos han evidenciado la necesidad de profundizar doctrinalmente en este argumento, de modo que responda a la naturaleza de los mencionados carismas y a las exigencias de los tiempos, ofreciendo un apoyo oportuno al papel de evangelización que corresponde a la comunidad eclesial.

Acogiendo tales recomendaciones, se ha llegado en estos últimos años a un desarrollo doctrinal que ha evidenciado cómo determinados ministerios instituidos por la Iglesia tienen por fundamento la condición común de estar bautizados y el sacerdocio real reci-



do en el Sacramento del Bautismo; estos son esencialmente distintos del ministerio ordenado que se recibe con el Sacramento del Orden. También una praxis consolidada en la Iglesia latina ha confirmado, de hecho, cómo tales ministerios laicales, estando basados en el sacramento del Bautismo, pueden ser confiados a todos los fieles que resulten idóneos, de sexo masculino o femenino, según lo ya previsto de manera implícita en el canon 230 § 2. En consecuencia, después de haber escuchado el parecer de los Dicasterios competentes, he considerado proceder a la modificación del canon 230 § 1

del Código de Derecho Canónico. Por lo tanto, dispongo que el canon 230 § 1 del Código de Derecho Canónico tenga en adelante la siguiente redacción: "Los laicos que tengan la edad y las dotes determinadas por decreto de la Conferencia Episcopal, pueden ser asumidos, de manera estable, mediante el rito litúrgico establecido, para los ministerios de lectores y de acólitos; sin embarco, tal atribución no les da derecho a un sustento o a una remuneración por parte de la Iglesia". Dispongo además la modificación del resto de procedimientos que tienen fuerza de ley y que se refieren a este canon.

Lo que se ha deliberado con esta Carta apostólica en forma de Motu Proprio, ordeno que tenga firma y estable vigencia, no obstante cualquier cosa contraria, aunque sea digna de especial mención, y que sea promulgado a través de su publicación en *L'Osservatore Romano*, entrando en vigor el mismo día y que luego se publique en el comentario oficial de las *Acta Apostolicae Sedis*.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 10 de enero del año 2021, Fiesta del Bautismo del Señor, octavo de mi pontificado.

FRANCISCO



Redescubrimos más unidos, más cercanos a los que sufren, sentirnos como hermanos para superar juntos la crisis mundial causada por la pandemia. Al principio de la entrevista con el Tg5, transmitida el domingo 10 de enero por la noche en la televisión italiana, Francisco reiteró que «uno nunca sale de una crisis como lo hizo antes, nunca. Salimos mejor o salimos peor».

Para el Papa, «hay que hacer la revisión de todo. Los grandes valores están siempre presentes en la vida, pero los grandes valores deben traducirse en la vida del momento histórico». A continuación, enumera una serie de situaciones dramáticas, desde los niños que padecen hambre y no pueden ir a la escuela hasta las guerras que golpean muchas zonas del planeta. «Las estadísticas de las Naciones Unidas —subraya— son aterradoras en esto». Advierte que, si salimos de la crisis «sin ver estas cosas, la salida será otra derrota. Y será peor. Miremos solo a estos dos problemas: los niños y las guerras».

Vacunarse es una acción ética

El Papa respondió después a una pregunta del periodista Fabio Marchese Ragona sobre las vacunas. «Yo —afirmó— creo que éticamente todos deben ponerse la vacuna. No es una opción, es una acción ética. Porque juegas con tu salud, juegas con tu vida, pero también juegas con la vida de los demás». Y explicó que en los próximos días las vacunas comenzarán a ponerse en el Vaticano y él también ha «reservado» una cita para esto. «Sí, debe hacerse», repite, «si los médicos lo presentan como algo que puede ir bien y no tiene peligros especiales, ¿por qué no tomarlo? Hay una negación suicida en esto que no puedo explicar». Para el Pontífice, este es el momento de «pensar en el nosotros y borrar por un período de tiempo 'el yo', ponerlo entre paréntesis. O nos salvamos 'nosotros' o nadie se salva». Sobre esto habla largo y tendido ofreciendo su reflexión sobre el tema, que es muy importante para él, de la fraternidad. «Este —observó— es el desafío: hacerme cercano al otro,

cercano a la situación, cercano a los problemas, hacerme cercano a la gente». El enemigo de la cercanía es «la cultura de la indiferencia». Se habla —señaló— «de una saludable indiferencia ante los problemas, pero la indiferencia no es saludable. La cultura de la indiferencia destruye, porque me distancia».

Es el «tiempo del nosotros» para superar la crisis

«La indiferencia nos mata porque nos distancia». En cambio, la palabra clave para pensar en las formas de salir de la crisis «es la palabra cercanía». Si no hay unidad, no hay cercanía, advierte el Papa, «se pueden crear tensiones sociales incluso dentro de los Estados». Así, habla de la «clase dirigente» en la Iglesia como en la vida política. En este momento de crisis, exhortó, «toda la clase dirigente no tiene derecho a decir 'yo'... debe decir 'nosotros' y buscar la unidad frente a la crisis». En este momento, reafirmó con fuerza, «un político, un pastor, un cristiano, un católico, incluso un obispo, un sacerdote, que no tiene la capacidad de decir 'nosotros' en lugar de 'yo' no está a la altura de la situación». Y añadió que «los conflictos en la vida son necesarios, porque están ahí, pero en este momento deben tomarse vacaciones», hacer espacio para la unidad «del país, de la Iglesia, de la sociedad».

El aborto es un asunto humano antes que religioso

Francisco observó que la crisis causada por la pandemia ha exacerbado aún más la «cultura del

descarte» de los más débiles, ya sean pobres, migrantes o ancianos. Se centra especialmente en el drama del aborto que descarta a los niños no deseados. «El problema del aborto», advirtió, «no es un problema religioso, es un problema humano, pre-religioso, es un problema de ética humana» y luego religioso. «Es un problema que incluso un ateo debe resolver en su conciencia». «¿Es correcto —pregunta el Pontífice— cancelar una vida humana para resolver un problema, cualquier

mún». Ahora que esto ha estallado, continúa, ha sido posible «ver bien» el fenómeno y es posible «poner el remedio». Francisco condenó la violencia: «Debemos reflexionar y comprender bien y para no repetir, aprender de la historia», estos «grupos para-regulars que no están bien insertados en la sociedad, tarde o temprano cometerán estos actos de violencia».

La fe, un don que hay que pedir al Señor

El Papa finalmente respondió cómo él personalmente está experimentando las restricciones debido a la pandemia. Confesó que se siente «enjaulado», se detuvo en los viajes cancelados para evitar las multitudes, habló de la esperanza de visitar Irak. En este tiempo, dedica más tiempo a la oración, a hablar por teléfono y reitera lo importante que fueron para él algunos momentos, como la *Statio Orbis* en San Pedro el pasado 27 de marzo, «una expresión de amor a todas las personas» y que hace que uno «vea nuevos caminos para ayudarse unos a otros». Así, ofreció una reflexión sobre la fe en el Señor, la cual —dijo— es ante todo «un don». «Para mí», dice, «la fe es un regalo, ni tú, ni yo, ni nadie puede tener fe por su propia fuerza: es un regalo que el Señor te da», que no se puede comprar. Retomando entonces un pasaje del Deuteronomio, el Papa Francisco exhortó a invocar la «cercanía de Dios». Esta cercanía «en la fe es un don que debemos pedir». La entrevista concluye con la esperanza de que en 2021 «no haya desperdicio, que no haya actitudes egoístas» y que la unidad pueda prevalecer sobre el conflicto.

Entrevista al Papa en la televisión italiana

El mundo necesita unidad y fraternidad

Enumera una serie de situaciones dramáticas, desde los niños que padecen hambre y no pueden ir a la escuela hasta las guerras que golpean muchas zonas del planeta. «Las estadísticas de las Naciones Unidas —subraya— son aterradoras en esto». Advierte que, si salimos de la crisis «sin ver estas cosas, la salida será otra derrota. Y será peor. Miremos solo a estos dos problemas: los niños y las guerras»

problema? ¿Es correcto contratar a un sicario para resolver un problema?»

El Capitolio, aprendiendo de la historia: nunca la violencia

El Papa no deja de comentar los dramáticos acontecimientos en el Capitolio el pasado 6 de enero. Confesó que estaba «asombrado», considerando la disciplina del pueblo de los Estados Unidos y la madurez de su democracia. Sin embargo, señaló, incluso en las realidades más maduras, siempre hay algo que no funciona cuando hay «gente que toma un camino contra la comunidad, contra la democracia, contra el bien co-

XXIX Jornada mundial del enfermo

«La pandemia actual ha sacado a la luz numerosas insuficiencias de los sistemas sanitarios y carencias en la atención de las personas enfermas»: sobre todo «a los ancianos, los más débiles y vulnerables no siempre tienen garantizado el acceso a los tratamientos, y no siempre es de manera equitativa». La denuncia del Papa está contenida en el mensaje difundido el 12 de enero en vistas de la XXIX Jornada mundial del enfermo, que se celebra el próximo 11 de febrero. En plena emergencia de coronavirus, la cita de este año ofrece la la ocasión para reflexionar sobre las consecuencias que derivan «de las decisiones políticas, del modo de administrar los recursos y del compromiso de quienes ocupan cargos de responsabilidad» en el ámbito sanitario. El llamamiento de Francisco es a invertir más «en el cuidado y la atención a las personas enfermas»: se trata, resalta el Papa, de «una prioridad vinculada a un principio: la salud es un



bien común primario».

Uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos (Mt 23, 8)



La relación de confianza, fundamento del cuidado del enfermo.

Queridos hermanos y

hermanas:

La celebración de la 29.ª Jornada Mundial del Enfermo, que tendrá lugar el 11 de febrero de 2021, memoria de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes, es un momento propicio para brindar una atención especial a las personas enfermas y a quienes cuidan de ellas, tanto en los lugares destinados a su asistencia como en el seno de las familias y las comunidades. Pienso, en particular, en quienes sufren en todo el mundo los efectos de la pandemia del coronavirus. A todos, especialmente a los más pobres y marginados, les expreso mi cercanía espiritual, al mismo tiempo que les aseguro la solicitud y el afecto de la Iglesia.

1. El tema de esta Jornada se inspira en el pasaje evangélico en el que Jesús critica la hipocresía de quienes dicen, pero no hacen (cf. Mt 23, 1-12). Cuando la fe se limita a ejercicios verbales estériles, sin involucrarse en la historia y las necesidades del prójimo, la coherencia entre el credo profesado y la vida real se debilita. El riesgo es grave; por este motivo, Jesús usa expresiones fuertes, para advertirnos del peligro de caer en la idolatría de nosotros mismos, y afirma: «Uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos» (v. 8).

La crítica que Jesús dirige a quienes «dicen, pero no hacen» (v. 3) es beneficiosa, siempre y para todos, porque nadie es inmune al mal de la hipocresía, un mal muy grave, cuyo efecto es impedirnos florecer como hijos del único Padre, llamados a vivir una fraternidad universal.

Ante la condición de necesidad de un hermano o una hermana, Jesús nos muestra un modelo de comportamiento totalmente opuesto a la hipocresía. Propone detenerse, escuchar, establecer una relación directa y personal con el otro, sentir empatía y conmoción por él o por ella, dejarse involucrar en su sufrimiento hasta llegar a hacerse cargo de él por medio del servicio (cf. Lc 10, 30-35).

2. La experiencia de la enfermedad hace que sintamos nuestra propia vulnerabilidad y, al mismo tiempo, la necesidad innata del otro. Nuestra condición de criaturas se vuelve aún más nítida y experimentamos de modo evidente nuestra dependencia de Dios. Efectivamente, cuando estamos enfermos, la incertidumbre, el temor y a veces la consternación, se apoderan de la mente y del corazón; nos encon-



Es prioritario in en el cuidado

tramos en una situación de impotencia, porque nuestra salud no depende de nuestras capacidades o de que nos "angustie-mos" (cf. Mt 6, 27).

La enfermedad impone una pregunta por el sentido, que en la fe se dirige a Dios; una pregunta que busca un nuevo significado y una nueva dirección para la existencia, y que a veces puede ser que no encuentre una respuesta inmediata. Nuestros mismos amigos y familiares no siempre pueden ayudarnos en esta búsqueda trabajosa.

A este respecto, la figura bíblica de Job es emblemática. Su mujer y sus amigos no son capaces de acompañarlo en su desventura, es más, lo acusan aumentan-

Al mismo tiempo, la pandemia ha pu la generosidad de agentes sanitarios, trabajadoras, sacerdotes, religiosos y abnegación, sentido de responsabilidad cuidado, consolado y servido a tanto

do en él la soledad y el desconcierto. Job cae en un estado de abandono e incompreensión. Pero precisamente por medio de esta extrema fragilidad, rechazando toda hipocresía y eligiendo el camino de la sinceridad con Dios y con los demás, hace llegar su grito insistente a Dios, que al final responde, abriéndole un nuevo horizonte. Le confir-





Invertir recursos y la asistencia

esto también de relieve la entrega y voluntarios, trabajadores y religiosas que, con profesionalidad, ad y amor al prójimo han ayudado, s enfermos y a sus familiares

ma que su sufrimiento no es una condena o un castigo, tampoco es un estado de lejanía de Dios o un signo de su indiferencia. Así, del corazón herido y sanado de Job, brota esa conmovida declaración al Señor, que resuena con energía: «Te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos» (42, 5).

3.La enfermedad siempre tiene



El mensaje del Papa Francisco por la Jornada mundial del enfermo

Invertir recursos en el cuidado y la atención a las personas enfermas es una prioridad vinculada a un principio: la salud es un bien común primario. Al mismo tiempo, la pandemia ha puesto también de relieve la entrega y la generosidad de agentes sanitarios, voluntarios, trabajadores y trabajadoras, sacerdotes, religiosos y religiosas que, con profesionalidad, abnegación, sentido de responsabilidad y amor al prójimo han ayudado, cuidado, consolado y servido a tantos enfermos y a sus familiares. Una multitud silenciosa de hombres y mujeres que han decidido mirar esos rostros, haciéndose cargo de las heridas de los pacientes, que sentían prójimos por el hecho de pertenecer a la misma familia humana.

La cercanía, de hecho, es un bálsamo muy valioso, que brinda apoyo y consuelo a quien sufre en la enfermedad. Como cristianos, vivimos la proximidad como expresión del amor de Jesucristo, el buen Samaritano, que con compasión se ha hecho cercano a todo ser humano, herido por el pecado. Unidos a Él por la acción del Espíritu Santo, estamos llamados a ser misericordiosos como el Padre y a amar, en particular, a los hermanos enfermos, débiles y que sufren (cf. *Jn* 13, 34-35). Y vivimos esta cercanía, no sólo de manera personal, sino también de forma comunitaria: en efecto, el amor fraterno en Cristo genera una comunidad capaz de sanar, que no abandona a nadie, que incluye y acoge sobre todo a los más frágiles.

A este respecto, deseo recordar la importancia de la solidaridad fraterna, que se expresa de modo concreto en el servicio y que puede asumir formas muy diferentes, todas orientadas a sostener al prójimo. «Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo» (*Homilía en La Habana*, 20 septiembre 2015). En este compromiso cada uno es capaz de «dejar de lado sus búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles. [...] El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la “padece” y busca la promoción del hermano. Por eso nunca el servicio es ideológico, ya que no se sirve a ideas, sino que se sirve a personas» (ibíd.).

4.Para que haya una buena terapia, es decisivo el aspecto relacional, mediante el que se puede adoptar un enfoque holístico hacia la persona enferma. Dar valor a este aspecto también ayuda a los médicos, los enfermeros, los profesionales y los voluntarios a hacerse cargo de aquellos que sufren para acompañarles en un camino de curación, gracias a una relación interpersonal de confianza (cf. *Nueva Carta de los agentes sanitarios* [2016], 4). Se trata, por lo tanto, de establecer un

pacto entre los necesitados de cuidados y quienes los cuidan; un pacto basado en la confianza y el respeto mutuos, en la sinceridad, en la disponibilidad, para superar toda barrera defensiva, poner en el centro la dignidad del enfermo, tutelar la profesionalidad de los agentes sanitarios y mantener una buena relación con las familias de los pacientes.

Precisamente esta relación con la persona enferma encuentra una fuente inagotable de motivación

La cercanía es un bálsamo muy valioso, que brinda apoyo y consuelo a quien sufre en la enfermedad. Como cristianos, vivimos la proximidad como expresión del amor de Jesucristo, buen Samaritano, que con compasión se ha hecho cercano a todo ser humano, herido por el pecado. Unidos a Él por la acción del Espíritu Santo, estamos llamados a ser misericordiosos y a amar a los hermanos enfermos, débiles y que sufren

y de fuerza en la caridad de Cristo, como demuestra el testimonio milenario de hombres y mujeres que se han santificado sirviendo a los enfermos. En efecto, del misterio de la muerte y resurrección de Cristo brota el amor que puede dar un sentido pleno tanto a la condición del paciente como a la de quien cuida de él. El Evangelio lo testimonia muchas veces, mostrando que las curaciones que hacía Jesús nunca son gestos mágicos, sino que siempre son fruto de un encuentro, de una relación interpersonal, en la que al don de Dios que ofrece Jesús le corresponde la fe de quien lo acoge, como resume la palabra que Jesús repite a menudo: “Tu fe te ha salvado”.

5.Queridos hermanos y hermanas: El mandamiento del amor, que Jesús dejó a sus discípulos, también encuentra una realización concreta en la relación con los enfermos.

Una sociedad es tanto más humana cuanto más sabe cuidar a sus miembros frágiles y que más sufren, y sabe hacerlo con eficiencia animada por el amor fraterno.

Caminemos hacia esta meta, procurando que nadie se quede solo, que nadie se sienta excluido ni abandonado.

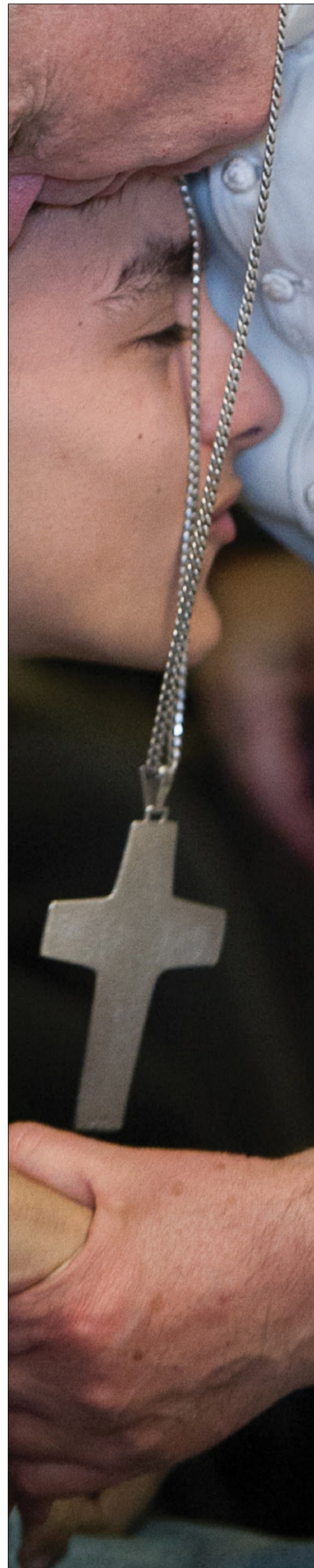
Le encomiendo a María, Madre de misericordia y Salud de los enfermos, todas las personas enfermas, los agentes sanitarios y quienes se prodigan al lado de los que sufren.

Que Ella, desde la Gruta de Lourdes y desde los innumerables santuarios que se le han dedicado en todo el mundo, sostenga nuestra fe y nuestra esperanza, y nos ayude a cuidarnos unos a otros con amor fraterno.

A todos y cada uno les imparto de corazón mi bendición.

Roma, San Juan de Letrán,
20 de diciembre de 2020,
cuarto domingo de Adviento.

Franciscus



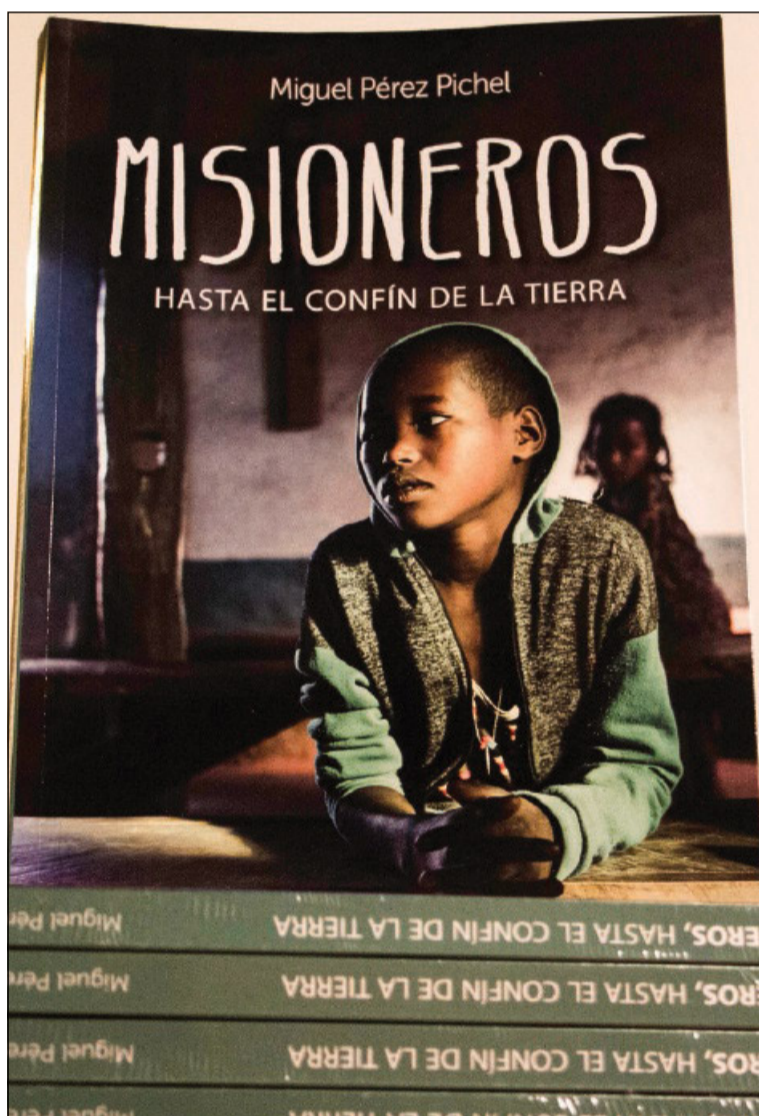
El periodista Miguel Pérez narra en este libro la historia de once misioneros españoles

Misioneros, hasta el confín de la tierra

ROCÍO LANCHO GARCÍA

Un sacerdote de 102 años misionero en Taiwán. Una religiosa que descubrió una enfermedad en Benín, y hoy es referencia mundial. Un obispo que ejerce de escudo humano ante los terroristas para defender al pueblo. Un religioso que construye escuelas por el Himalaya. Son algunos ejemplos de los misioneros españoles cuyo testimonio recoge *Misioneros, hasta el confín de la tierra*, un libro con más de 100 fotografías. Escrito por el periodista Miguel Pérez Pichel y publicado por Ediciones Palabra, ha contado con la colaboración de Obras Misionales Pontificias (OMP). El autor explica a L'Osservatore Romano que el libro se centra en la aportación de España a la misión *ad gentes*, por lo tanto, un primer criterio para elegir las historias fue que fueran misioneros españoles. Después siguió diferentes criterios, como la pluralidad geográfica; que hubiera sacerdotes, religiosos, pero también algún obispo, y laicos, hombres y mujeres. De todos modos, al final priorizó el mensaje que le transmitieron los misioneros en sus testimonios. «He buscado testimonios que, por un lado, sean narrativamente impactantes pero que, al mismo tiempo, reflejen la actuación de Dios por medio de los misioneros», explica Miguel. Eso hizo que quizás haya un cierto «desequilibrio geográfico». Por ejemplo, hay muchos más testimonios de misioneros en África que en otros sitios, pero no es algo premeditado. «Simplemente fueron testimonios que me impactaron más», precisa el periodista. Respecto a las historias que narra, asegura que puede citar 3 ó 4 que le tocaron especialmente. Pero, si tiene que elegir se queda con el testimonio del padre José Alfaro, misionero escolapio en Nepal. El autor del libro asegura que la historia de este misionero es casi de novela, «y no lo digo como frase hecha, ya que él es una persona que recurre constantemente al ejemplo del Quijote, y su historia es a veces muy quijotesca en el buen sentido del término». Es decir, que un misionero de más de 70 años se enfrenta a los retos que se enfrenta, es increíble. Miguel cuenta que José Alfaro se dedica a fundar escuelas en India y Nepal, en las faldas del Himalaya, y su testimonio desprende un gran sentido del humor y una gran confianza en Dios, en la providencia, al enfrentarse con dificultades que van desde los choques con la guerrilla maoísta y los problemas del terreno para construir iglesias, hasta las complicaciones para trasladarse de un lugar a otro en un territorio montañoso y de difícil acceso. «Incluso sobrevivió al terrible terremoto que asoló Nepal en 2015, aunque estubo varios días desaparecido», asegura. Alfaro ha decidido vivir como las gentes a las que sirve en Nepal. Por lo tanto, no tiene ordenador, no tiene electricidad ni agua... «Come apenas un plato de arroz cocido al día», explica Miguel. Asimismo, precisa que esta experiencia misionera aparece recogida en más de 100 cartas escritas a mano con letra muy pequeña y prieta, pero al mismo tiempo muy clara, que ojalá algún día alguien se anime a publicar. En ellas se refleja su sentido del humor, pero también una gran inteligencia, una profunda espiritualidad y una fe absoluta en Dios. Por otro lado, el autor del libro explica la importancia que tiene hoy en día dar visibilidad a la misión de estas personas anónimas. España tiene casi 11.000 misione-

ros en todo el mundo. «Es una cifra importante que muestra que nuestro país sigue teniendo un gran empuje evangelizador», indica Miguel. Del mismo modo, subraya que el trabajo de los misioneros siempre ha tenido gran acogida en España, que valora mucho su trabajo social y espiritual, muchas veces incluso dando la vida. Pero, al mismo tiempo, hay una cierta distancia, una barrera. «La idea del misionero queda como algo abstracto para una gran parte de los españoles» lamenta. Por eso cree que es necesario acercar al ciudadano de «a pie» los testimonios de los misioneros, que sean ellos los que cuenten en qué consiste su labor, su vocación, su motivación. Qué es lo que les empuja, por qué deciden dejar su país, su tierra, para irse, quizás, al otro punto del globo a anunciar el Evangelio. Por esta razón, Pérez asevera que el libro está des-



tinado a ello y, por eso, los testimonios están acompañados por un gran número de fotografías de gran calidad que muestran a los misioneros «en acción». Para concluir, el autor de *Misioneros, hasta el confín de la tierra*, señala que hay rasgos comunes en todas estas misiones: la confianza en Dios, en que Dios actúa por medio de ellos. «Eso les lleva a una gran humildad, se ven como instrumentos al servicio de la Iglesia y del Evangelio», observa. Quizás donde mejor se explica esto es en el testimonio de Paul Schneider, sacerdote de la diócesis de Getafe que se encuentra en Etiopía. Dice: «He venido a evangelizar a un entorno muy sencillo, a gentes sencillas, y para que Dios renueve en mí toda la fuerza y la gracia del Evangelio de Jesucristo, su Hijo. En otras palabras, no he venido porque sea yo muy valiente, generoso y abnegado, que son virtudes que no siempre tengo, sino para alcanzar la salvación». Otro elemento común entre los misioneros —añade Miguel— es el modo en que se identifican con las comunidades en las que viven, cómo se integran hasta el punto de entrar a formar parte de esos pueblos, de sentirlos como propios, de experimentar sus alegrías y sus sufrimientos. Finalmente, destaca como elemento común la fortaleza. Una fortaleza —precisa el periodista— que puede parecer inverosímil. Ahí está por ejemplo el P. Andrés Díaz de Rábago en Taiwán con más de 100 años. Una fortaleza, un empuje que sólo puede venir de su vocación, de su ser instrumentos en manos de Dios.



Todos hermanos en el ecumenismo político del amor

MARCELO FIGUEROA

Desde hace un par de años, pero especialmente en estas últimas semanas, hemos sido testigos como ciudadanos del mundo, y particularmente como personas de fe, de una escalada de expresiones de fundamentalismos, integristas y divisiones socio-religiosas, que concluyeron con la trágica pintura de imágenes de un caos político para muchos inimaginable.

Releyendo las declaraciones del «Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común» en el contexto mencionado, muchas de ellas tomaron un renovado peso. Especialmente aquella donde se hace un llamado «en el nombre de esta fraternidad golpeada por las políticas de integrista y división y por los sistemas de ganancias insaciable y las tendencias ideológicas odiosas, que manipulan las acciones y los destinos de los hombres». El hecho de que esos textos sean el sustrato basal y formen un apartado especial en *Fratelli tutti* (FT 285), impulsa necesariamente a releer esa Encíclica para entender el devenir de estos hechos políticos, sociales y religiosos. Algunos párrafos sobresalen entonces a nuestra mirada de una manera muy significativa, como por ejemplo donde el Papa Francisco expresa que: «Conviene reconocer que los fanatismos que llevan a destruir a otros son protagonizados también por personas religiosas, sin excluir a los cristianos, que pueden formar parte de redes de violencia verbal a través de internet y de los diversos foros o espacios de intercambio digital. Aun en medios católicos se pueden perder los límites, se suelen naturalizar la difamación y la calumnia, y parece quedar fuera toda ética y respeto por la fama ajena». ¿Qué se aporta así a la fraternidad que el Padre común nos propone? (FT 46)

Del mismo modo, y sin el mínimo anhelo de autoreferencialidad, muchos colegas y hermanos han revalorizado el artículo «Fundamentalismo evangélico e integrista católico, un ecume-

nismo sorprendente» que escribimos con el padre Antonio Spadaro s.j. Resulta interesante repasar algunos párrafos de ese documento para cruzarlos proféticamente con la actualidad y hacerlos entrar en diálogo con la espiritualidad social de *Fratelli tutti*. Algunas expresiones de aquel trabajo de hace cerca de tres años bien podrían acercarse a esa doble dinámica. Como por ejemplo cuando expresamos que: «Basándose en los valores del fundamentalismo se está desarrollando una extraña forma de sorprendente ecumenismo entre fundamentalistas evangélicos y católicos integristas, unidos por la misma voluntad de una influencia religiosa directa en la dimensión política... Tanto los evangélicos como los cató-

de paz. Esta visión genera el proceso de integración que se despliega con una diplomacia que no corona a nadie como «hombre de la Providencia».

Nuevamente, el diálogo con *Fratelli tutti*, nos ayuda a encontrar una luz actual y más profunda de aquellas reflexiones pasadas y mirar la actualidad con una vigencia inocultable. El papa Francisco viene a nuestro auxilio con reflexiones como la siguiente: «Mientras vemos que todo tipo de intolerancias fundamentalistas daña las relaciones entre personas, grupos y pueblos, vivamos y enseñemos nosotros el valor del respeto, el amor capaz de asumir toda diferencia, la prioridad de la dignidad de todo ser humano sobre cualesquiera fuesen sus ideas,

sentimientos, prácticas y aun sus pecados. Mientras en la sociedad actual proliferan los fanatismos, las lógicas cerradas y la fragmentación social y cultural, un buen político da el primer paso para que resuenen las distintas voces. Es cierto que las diferencias generan conflictos, pero la uniformidad genera asfixia y hace que nos

Mientras vemos que todo tipo de intolerancias fundamentalistas daña las relaciones entre personas, grupos y pueblos, vivamos y enseñemos nosotros el valor del respeto, el amor capaz de asumir toda diferencia, la prioridad de la dignidad de todo ser humano sobre cualesquiera fuesen sus ideas, sentimientos, prácticas y aun sus pecados

licos integristas condenan el ecumenismo tradicional y, sin embargo, promueven un ecumenismo del conflicto que los une en el sueño nostálgico de un Estado de rasgos teocráticos... La palabra «ecumenismo» se traduce así en una paradoja, en un «ecumenismo del odio». La intolerancia es marca celestial de purismo, el reduccionismo es metodología exegética y el ultraliberalismo es su clave hermenéutica... Hoy más que nunca es necesario despojar al poder del pomposo ropaje confesional, de sus corazas, de sus armaduras oxidadas. El esquema teopolítico fundamentalista quiere instaurar el reino de una divinidad aquí y ahora. Y, obviamente, la divinidad es la proyección ideal del poder constituido. Esta visión genera la ideología de conquista. En cambio, el esquema teopolítico verdaderamente cristiano es escatológico, es decir, mira al futuro y quiere orientar la historia presente hacia el reino de Dios, reino de justicia y

fagocitemos culturalmente. No nos resignemos a vivir encerrados en un fragmento de realidad». (FT 191)

Esta decantación de hechos, sucesos políticos, miradas religiosas y especialmente la búsqueda de una fraternidad donde se practique el ecumenismo político del amor, me lleva a concluir estas líneas en el sentido que fueron comenzadas. «En este contexto, quiero recordar que, junto con el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb, pedimos «a los artífices de la política internacional y de la economía mundial, comprometerse seriamente para difundir la cultura de la tolerancia, de la convivencia y de la paz; intervenir lo antes posible para parar el derramamiento de sangre inocente». Y cuando una determinada política siembra el odio o el miedo hacia otras naciones en nombre del bien del propio país, es necesario preocuparse, reaccionar a tiempo y corregir inmediatamente el rumbo» (FT 192).

El Papa Francisco celebra la misa en la solemnidad de la Epifanía

En la escuela de los Magos para aprender a adorar



El Papa presidió, el miércoles 6 de enero, a las 10, en el altar de la Catedral de la basílica vaticana, la misa en la solemnidad de la Epifanía. Antes de la celebración se rezó el rosario. Estaban presentes veinte cardenales y, en el momento de la oración eucarística, se acercaron al altar el decano Giovanni Battista Re y el vice decano Leonardo Sandri. Después de la lectura del Evangelio, fue proclamado el anuncio del día de Pascua, que este año se celebrará el 4 de abril. En la oración de los fieles, fueron recordadas «las jóvenes Iglesias y las de antigua tradición», para que «crezcan juntas y se ayuden como Iglesias hermanas, en el común compromiso de suscitar nuevos discípulos del Evangelio». Se rezó también «por los pastores del pueblo de Dios

y sus colaboradores: que imitando a la Virgen Madre anuncien a los cercanos y a los lejanos a Cristo, verdadera luz del mundo». También para que «los misioneros, compartiendo los cansancios, los dolores y las esperanzas de las personas a las que son enviadas, sean claros testigos de la misericordia del Padre». Además fueron elevadas intenciones por «los hombres de cultura y de ciencia: que como los Magos sepan reconocer en la creación los signos de Dios y se abran al don de toda la verdad». La celebración concluyó con el canto de la antifona «Alma Redemptoris Mater»: el Papa acarició la imagen mariana para después hacerse el signo de la cruz. Se entonó entonces el canto «Tú descendes de las estrellas». Publicamos la homilía del Papa.

El evangelista Mateo subraya que los magos, cuando llegaron a Belén, «vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron» (Mt 2, 11). Adorar al Señor no es fácil, no es un hecho inmediato: exige una cierta madurez espiritual, y es el punto de llegada de un camino interior, a veces largo. La actitud de adorar a Dios no es espontánea en nosotros. Sí, el ser humano necesita adorar, pero corre el riesgo de equivocarse el objetivo. En efecto, si no adora a Dios adorará a los ídolos no existe un

punto intermedio, o Dios o los ídolos; o diciéndolo con una frase de un escritor francés: «Quien no adora a Dios, adora al diablo» (Léon Bloy), y en vez de creyente se volverá idólatra. Y es así, *aut aut*. En nuestra época es particularmente necesario que, tanto individual como comunitariamente, dediquemos más tiempo a la adoración, aprendiendo a contemplar al Señor cada vez mejor. Se ha perdido un poco el sentido de la oración de adoración, debemos recuperarlo, ya sea comunitariamente

como también en la propia vida espiritual. Hoy, por lo tanto, pongámonos en la escuela de los magos, para aprender de ellos algunas enseñanzas útiles: como ellos, queremos ponernos de rodillas y adorar al Señor. Adorarlo en serio, no como dijo Herodes: «Avísame dónde se encuentra para que vaya a adorarlo». No, este tipo de adoración no funciona. De verdad. De la liturgia de la Palabra de hoy entresacamos tres expresiones, que pueden ayudarnos a comprender me-

lor lo que significa ser adoradores del Señor. Estas expresiones son: «levantar la vista», «ponerse en camino» y «ver». Estas tres expresiones nos ayudarán a entender qué significa ser adoradores del Señor.

La primera expresión, levantar la vista, nos la ofrece el profeta Isaías. A la comunidad de Jerusalén, que acababa de volver del exilio y estaba abatida a causa de tantas dificultades, el profeta les dirige este fuerte llamado: «Levanta la vista en torno, mira» (60, 4). Es una invitación a dejar de lado el cansancio y las quejas, a salir de las limitaciones de una perspectiva estrecha, a liberarse de la dictadura del propio yo, siempre inclinado a replegarse sobre sí mismo y sus propias preocupaciones. Para adorar al Señor es necesario ante todo «levantar la vista», es decir, no dejarse atrapar por los fantasmas interiores que apagan la esperanza, y no hacer de los problemas y las dificultades el centro de nuestra existencia. Eso no significa que neguemos la realidad, fingiendo o creyendo que todo está bien. No. Se trata más bien de mirar de un modo nuevo los problemas y las angustias, sabiendo que el Señor conoce nuestras situaciones difíciles, escucha atentamente nuestras súplicas y no es indiferente a las lágrimas que derramamos.

Esta mirada que, a pesar de las vicisitudes de la vida, permanece confiada en el Señor, genera la gratitud filial. Cuando esto sucede, el corazón se abre a la adoración. Por el contrario, cuando fijamos la atención exclusivamente en los problemas, rechazando alzar los ojos a Dios, el miedo invade el corazón y lo desorienta, dando lugar a la rabia, al desconcierto, a la angustia y a la depresión. En estas condiciones es difícil adorar al Señor. Si esto ocurre, es necesario tener la va-

lentía de romper el círculo de nuestras conclusiones obvias, con la conciencia de que la realidad es más grande que nuestros pensamientos. Levanta la vista en torno, mira: el Señor nos invita sobre todo a confiar en Él, porque cuida realmente de todos. Por tanto, si Dios viste tan bien la hierba, que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, ¿cuánto más hará por nosotros? (cf. Lc 12, 28). Si alzamos la mirada hacia el Señor, y contemplamos la realidad a su luz, descubriremos que Él no nos abandona jamás: «el Verbo se hizo carne» (Jn 1, 14) y permanece siempre con nosotros, todos los días (cf. Mt 28, 20). Siempre.

Cuando elevamos los ojos a Dios, los problemas de la vida no desaparecen, no, pero sentimos que el Señor nos da la fuerza necesaria para afrontarlos. «Levantar la vista», entonces, es el primer paso que nos dispone a la adoración. Se trata de la adoración del discípulo que ha descubierto en Dios una alegría nueva, una alegría distinta. La del mundo se basa en la posesión de bienes, en el éxito y en otras cosas por el estilo, siempre con el «yo» al centro. La alegría del discípulo de Cristo, en cambio, tiene su fundamento en la fidelidad de Dios, cuyas promesas nunca fallan, a pesar de las situaciones de crisis en las que podamos encontrarnos. Y es ahí, entonces, que la gratitud filial y la alegría suscitan el anhelo de adorar al Señor, que es fiel y nunca nos deja solos.

La segunda expresión que nos puede ayudar es ponerse en camino. Levantar la vista [la primera]; la segunda: ponerse en camino. Antes de poder adorar al Niño nacido en Belén, los magos tuvieron que hacer un largo viaje. Escribe Mateo: «Unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: “¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo”» (Mt 2, 1-2). El viaje implica siempre una transformación, un cambio. Después del viaje ya no somos como antes. En el que ha realizado un camino siempre hay algo nuevo: sus conocimientos se han ampliado, ha visto personas y cosas nuevas, ha experimentado el fortalecimiento de su voluntad al enfrentar las dificultades y los riesgos del trayecto. No se llega a adorar al Señor sin pasar antes a través de la maduración interior que nos da el ponernos en camino.

Llegamos a ser adoradores del Señor mediante un camino gradual. La experiencia nos enseña, por ejemplo, que una persona con cincuenta años vive la adoración con un espíritu distinto respecto a cuando tenía treinta. Quien se deja modelar por la gracia, normalmente, con el pasar del tiempo, mejora. El hombre exterior se va desmoronando —dice san Pablo—, mientras el hombre interior se renueva día a día (cf. 2 Co 4,16), preparándose para adorar al Señor cada vez mejor. Desde este punto de vista, los fracasos, las crisis y los errores pueden ser experiencias instructivas, no es raro que sirvan para hacernos caer en la cuenta de que sólo el Señor es digno de ser adorado, porque solamente Él satisface el deseo de vida y eternidad presente en lo íntimo de cada persona. Además, con el paso del tiempo, las pruebas y las fatigas de la vida —vividitas en la fe— contribuyen a purificar el corazón, a hacerlo más humilde y por tanto más dispuesto a abrirse a Dios. También los pecados, también la conciencia de ser pecadores, de descubrir cosas muy feas. «Sí, pero yo hice esto... cometí...» Si aceptas esto con fe y con arrepentimiento, con contrición, te ayudará a crecer. Dice Pablo que to-

En el Ángelus el Papa habla del significado de la Epifanía

La luz que atraviesa las tinieblas de la vida

«La oscuridad está presente y amenazadora en la vida de cada uno, pero la luz de Dios es más poderosa»: lo aseguró el Papa Francisco hablando de la solemnidad de la Epifanía en el Ángelus del 6 de enero. Publicamos la meditación pronunciada por el Papa antes de la oración mariana del medio día, que tuvo lugar todavía sin la presencia de fieles, a causa del Covid-19, en la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Celebramos hoy la solemnidad de la Epifanía, es decir, la manifestación del Señor a todas las gentes: en efecto, la salvación realizada por Cristo no conoce confines, es para todos. La Epifanía no es otro misterio, es siempre el mismo misterio de la Natividad, pero visto en su dimensión de luz: luz que ilumina a cada hombre, luz que hay que acoger en la fe y luz que hay que llevar a los demás en la caridad, en el testimonio, en el anuncio del Evangelio. La visión de Isaías, recordada en la liturgia de hoy (cf. 60,1-6), resuena en nuestro tiempo más actual que nunca: «La oscuridad cubre la tierra, y espesa nube a los pueblos» (v. 2). En este horizonte, el profeta anuncia la luz: la luz dada por Dios a Jerusalén y destinada a iluminar el camino de todos los pueblos. Esta luz tiene la fuerza de atraer a todos, cercanos y lejanos, todos se ponen en camino para alcanzarla (cf. v. 3). Es una visión que abre el corazón, infunde aliento, invita a la esperanza. Por supuesto, la oscuridad está presente y amenazadora en la vida de cada uno y en la historia de la humanidad, pero la luz de Dios es más poderosa. Se trata de acogerla para que brille sobre todos. Pero podemos preguntarnos: ¿dónde está esta luz? El profeta la vislumbraba de lejos, pero ya era suficiente para llenar el corazón de Jerusalén de gozo inconcebible.

¿Dónde está esta luz? El evangelista Mateo, por su parte, al relatar el episodio de los Magos (cf. 2, 1-12), muestra que esta luz es el Niño de Belén, es Jesús, aunque no todos acepten su realeza. Es más, algunos la rechazan, como Herodes. Él es la estre-

lla que apareció en el horizonte, el Mesías esperado, Aquel a través del cual Dios realiza su reino de amor, su reino de justicia, su reino de paz. Nació no solo para algunos, sino para todos los hombres, para todos los pueblos. La luz es para todos los pueblos, la salvación es para todos los pueblos.

¿Y cómo tiene lugar esta «irradiación»? ¿Cómo se difunde la luz de Cristo en todo lugar y en todo momento? Tiene su método para difundirse. No lo hace a través de los poderosos medios de los imperios de este mundo, que siempre están buscando dominarlo. No, la luz de Cristo se difunde a través del anuncio del Evangelio. El anuncio, la palabra y el testimonio. Y con el mismo «método» elegido por Dios para venir entre nosotros: la encarnación, es decir, hacerse prójimo del otro, encontrarlo, asumir su realidad y llevar el testimonio de nuestra fe, cada uno. Sólo así la luz de Cristo, que es Amor, puede brillar en quienes lo acogen y atraer a los demás. La luz de Cristo no se extiende solo con palabras, con métodos falsos, empresariales... No, no. Fe, palabra, testimonio: así se amplía la luz de Cristo. La estrella es Cristo, pero también nosotros podemos y debemos ser la estrella, para nuestros hermanos y hermanas, como testigos de los tesoros de infinita bondad y misericordia que el Redentor ofrece gratuitamente a todos. La luz de Cristo no se expande por proselitismo, se expande por el testimonio, por la confesión de la fe. También por el martirio.

Por tanto, la condición es acoger esta luz en uno mismo, acogerla cada vez más. ¡Ay de nosotros si pensáramos que la poseemos!, ¡ay de nosotros si pensáramos que sólo tenemos que “administrarla”! También nosotros, como los Magos, estamos llamados a dejarnos siempre fascinar, atraer, guiar, iluminar y convertir por Cristo: es el camino de la fe, a través de la oración y la contemplación de las obras de Dios, que continuamente nos llenan de alegría y de asombro, un asombro siempre nuevo. El asombro es siempre el primer paso para avanzar en esta luz. Invoquemos la protección de María so-

bre la Iglesia universal, para que ella difunda en todo el mundo el Evangelio de Cristo, luz de todas las gentes, luz de todos los pueblos.

Al finalizar el Ángelus el Pontífice lanzó un llamamiento por la República Centroafricana y dirigió un mensaje de felicitación a los fieles de las Iglesias orientales, católicas y ortodoxas, que el jueves 7 celebraron la Navidad. También recordó la Jornada mundial de la infancia misionera y saludó a la Fundación polaca Procepción de los Reyes Magos, que promueve iniciativas solidarias.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Sigo con atención y preocupación los hechos ocurridos en la República Centroafricana, donde recientemente se realizaron las elecciones, con las que el pueblo expresó su deseo de continuar por el camino de la paz. Por tanto, invito a todas las partes a un diálogo fraterno y respetuoso, a rechazar el odio y evitar toda forma de violencia. Me dirijo con afecto a los hermanos y hermanas de las Iglesias orientales, católicas y ortodoxas, que, según su tradición, celebran mañana la Natividad del Señor. Les expreso mis más sinceros deseos de una santa Navidad, a la luz de Cristo nuestra paz y nuestra esperanza.

En la fiesta de hoy de la Epifanía, se celebra la Jornada Mundial de la Infancia Misionera, en la que participan muchos niños y jóvenes de todo el mundo. Doy las gracias a cada uno de ellos y los animo a ser testigos gozosos de Jesús, procurando siempre llevar la fraternidad entre sus coetáneos. Saludo cordialmente a todos los que estáis conectados a través de los medios de comunicación. Un saludo especial va dirigido a la Fundación “Procepción de los Magos”, que organiza eventos de evangelización y solidaridad en numerosas ciudades y pueblos de Polonia y otros países. Os deseo a todos una feliz fiesta. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!



La catequesis sobre la oración

También los momentos oscuros son tiempo para la alabanza

«No solo cuando la vida nos colma de felicidad, sino sobre todo en los momentos difíciles» y «oscuros»: es «también ese el tiempo de la alabanza». Lo subrayó el Papa en la mañana del miércoles 13 de enero, en la audiencia general que tuvo lugar todavía sin la presencia de fieles a causa de la pandemia. Prosiguiendo en la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano las catequesis sobre la oración, el Pontífice se detuvo en la importancia de alabar a Dios cuando «el camino sube cuesta arriba».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Proseguimos la catequesis sobre la oración y damos espacio a la dimensión de la alabanza.

Hacemos referencia a un pasaje crítico de la vida de Jesús. Después de los primeros milagros y la implicación de los discípulos en el anuncio del Reino de Dios, la misión del Mesías atraviesa una crisis. Juan Bautista duda y le hace llegar este mensaje: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» (Mt 11,3). Él siente esta angustia de no saber si se ha equivocado en el anuncio. En la vida siempre hay momentos oscuros, momentos de

noche espiritual, y Juan está pasando este momento. Hay hostilidad en los pueblos del lago, donde Jesús había realizado tantos signos prodigiosos (cf. Mt 11,20-24). Ahora, precisamente en este momento de decepción, Mateo relata un hecho realmente sorprendente: Jesús no eleva al Padre un lamento, sino un himno de júbilo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños» (Mt 11,25). Es decir, en plena crisis, en plena oscuridad en el alma de tanta gente, como Juan el Bautista, Jesús bendice al Padre, Jesús alaba al Padre. ¿Pero por qué?

Sobre todo lo alaba por lo que es: «Padre, Señor del cielo y de la tierra». Jesús se regocija en su espíritu porque sabe y siente que su Padre es el Dios del universo, y viceversa, el Señor de todo lo que existe es el Padre, «Padre mío». De esta experiencia de sentirse «el hijo del Altísimo» brota la alabanza. Jesús se siente hijo del Altísimo.

Y después Jesús alaba al Padre porque favorece a los pequeños. Es lo que Él mismo experimenta predicando en los pueblos: los «sabios» y los «inteligentes» permanecen desconfiados y cerrados, hacen cálculos; mientras que los «pequeños» se abren y acogen el mensaje. Esto solo puede ser voluntad del Padre, y Jesús se alegra. También nosotros debemos alegrarnos y alabar a Dios porque las personas humildes y sencillas acogen el Evangelio. Yo me alegro cuando veo esta gente sencilla, esta gente humilde que va en peregrinación, que va

a rezar, que canta, que alaba, gente a la cual quizá le faltan muchas cosas pero la humildad les lleva a alabar a Dios. En el futuro del mundo y en las esperanzas de la Iglesia están siempre los «pequeños»: aquellos que no se consideran mejores que los otros, que son conscientes de los propios límites y de los propios pecados, que no quieren dominar sobre los otros, que, en Dios Padre, se reconocen todos hermanos.

Por lo tanto, en ese momento de aparente fracaso, donde todo está oscuro, Jesús reza alabando al Padre. Y su oración nos conduce también a nosotros, lectores del Evangelio, a juzgar de forma diferente nuestras derrotas personales, las situaciones en las que no vemos clara la presencia y la acción de Dios, cuando parece que el mal prevalece y no hay forma de detenerlo. Jesús, que también recomendó mucho la oración de súplica,

precisamente en el momento en el que habría tenido motivo de pedir explicaciones al Padre, sin embargo lo alaba. Parece una contradicción, pero está ahí, la verdad.

¿A quién sirve la alabanza? ¿A nosotros o a Dios? Un texto de la liturgia eucarística nos invita a rezar a Dios de esta manera, dice así. «Aunque no necesitas nuestra alabanza, tú inspiras en nosotros que te demos gracias, para que las bendiciones que te ofrecemos nos ayuden en el camino de la salvación por Cristo, Señor nuestro» (Misa Romano común IV). Alabando somos salvados.

La oración de alabanza nos sirve a nosotros. El

Catecismo la define así: «Participa en la bienaventuranza de los corazones puros que le aman en la fe antes de verle en la gloria» (n. 2639). Paradójicamente debe ser practicada no solo cuando la vida nos colma de felicidad, sino sobre todo en los momentos difíciles, en los momentos oscuros cuando el camino sube cuesta arriba. También es ese el tiempo de la alabanza, como Jesús que en el momento oscuro alaba al Padre. Para que aprendamos que a través de esa cuesta, de ese sendero difícil, ese sendero fatigoso, de esos pasajes arduos, se llega a ver un panorama nuevo, un horizonte más abierto. Alabar es como respirar oxígeno puro: te purifica el alma, te hace mirar a lo lejos, no te deja encerrado en el momento difícil y oscuro de las dificultades.

Hay una gran enseñanza en esa oración que desde hace ocho siglos no ha dejado nunca de palpar, que San Francisco compuso al final de su vida: el «Cántico del hermano sol» o «de las criaturas». El Pobrecillo no lo compuso en un momento de alegría, de bienestar, sino al contrario, en medio de las dificultades. Francisco está ya casi ciego, y siente en su alma el peso de una soledad que nunca antes había sentido: el mundo no ha cambiado desde el inicio de su predicación, todavía hay quien se deja destrozarse por las riñas, y además siente que se acercan los pasos de la muerte. Podría ser el momento

de la decepción, de esa decepción extrema y de la percepción del propio fracaso. Pero Francisco en ese instante de tristeza, en ese instante oscuro reza, ¿Cómo reza?: «Laudato s'í, mi Señor...». Reza alabando. Francisco alaba a Dios por todo, por todos los dones de la creación, y también por la muerte, que con valentía llama «hermana», «hermana muerte». Estos ejemplos de los Santos, de los cristianos, también de Jesús, de alabar a Dios en los

En el futuro del mundo y en las esperanzas de la Iglesia están siempre los «pequeños»: aquellos que no se consideran mejores que los otros, que son conscientes de los propios límites

momentos difíciles, nos abren las puertas de un camino muy grande hacia el Señor y nos purifican siempre. La alabanza purifica siempre.

Los santos y las santas nos demuestran que se puede alabar siempre, en las buenas y en las malas, porque Dios es el Amigo fiel. Este es el fundamento de la alabanza: Dios es el Amigo fiel, y su amor nunca falla. Él siempre está junto a nosotros, Él nos espera siempre. Alguno decía: «Es el centinela que está cerca de ti y te hace ir adelante con seguridad». En los momentos difíciles y oscuros, encontramos la valentía de decir: «Bendito eres tú, oh Señor». Alabar al Señor. Esto nos hará mucho bien.

Con una exhortación «a poner a Cristo en el centro de la vida para ser portadores de luz y de esperanza en la sociedad», Francisco saludó a los varios grupos de fieles que siguieron la audiencia a través de los medios. Publicamos las palabras pronunciadas al saludar al grupo de lengua española, antes de rezar el Padre Nuestro y de impartir la bendición.

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española. Pidamos al Señor que nos conceda la gracia de ser humildes y de alabarlo en cualquier situación de nuestra vida, también en este tiempo de pandemia, porque sabemos que Él es el amigo fiel que nunca nos abandona y que nos ama sin medida. Que Dios los bendiga.

En la escuela de los Magos para aprender a adorar

VIENE DE LA PÁGINA 0

do, todo, ayuda al crecimiento espiritual, al encuentro con Jesús; también los pecados, también. Y añade santo Tomás «Etiam mortalia», aún los pecados más feos, los peores. Si tú lo afrontas con arrepentimiento, te ayudará en este viaje hacia el encuentro con el Señor y a adorarlo mejor.

Como los magos, también nosotros debemos dejarnos instruir por el camino de la vida, marcado por las inevitables dificultades del viaje. No permitamos que los cansancios, las caídas y los fracasos nos empujen hacia el desaliento. Por el contrario, reconociéndolos con humildad, nos deben servir para avanzar hacia el Señor Jesús. La vida no es una demostración de habilidades, sino un viaje hacia Aquel que nos ama. No tenemos que andar enseñando en cada momento de la vida nuestra credencial de virtudes. Con humildad, debemos dirigirnos hacia el Señor. Mirando al Señor, encontraremos la fuerza para seguir adelante con alegría renovada.

Y llegamos a la tercera expresión: ver. Levantar la vista, ponerse en camino, ver. El evangelista escribe: «Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron»

(Mt 2, 11). La adoración era el homenaje reservado a los soberanos, a los grandes dignatarios. Los magos, en efecto, adoraron a Aquel que sabían que era el rey de los judíos (cf. Mt 2, 2).

Pero, de hecho, ¿qué fue lo que vieron? Vieron a un niño pobre con su madre. Y sin embargo estos sabios, llegados desde países lejanos, supieron trascender aquella escena tan humilde y corriente, reconociendo en aquel Niño la presencia de un soberano. Es decir, fueron capaces de «ver» más allá de la apariencia. Arrodillándose ante el Niño nacido en Belén, expresaron una adoración que era sobre todo interior: abrir los cofres que llevaban como regalo fue signo del ofrecimiento de sus corazones. Para adorar al Señor es necesario «ver» más allá del velo de lo visible, que frecuentemente se revela engañoso. Herodes y los notables de Jerusalén representan la mundanidad, perennemente esclava de la apariencia. Ven pero no saben mirar no digo que no crean, sería demasiado pero no saben mirar porque su capacidad es esclava de la apariencia y en busca de entretenimiento.

La mundanidad sólo da valor a las cosas sensoriales, a las cosas que llaman la atención de la masa. En cambio, en los magos vemos una actitud distinta, que

podríamos definir como realismo teológico una palabra demasiado «alta», pero podemos decir así, un realismo teológico. Este percibe con objetividad la realidad de las cosas, llegando finalmente a la comprensión de que Dios se aparta de cualquier ostentación. El Señor está en la humildad, el Señor es como aquel niño humilde, que huye de la ostentación, que es el resultado de la mundanidad. Este modo de «ver» que trasciende lo visible, hace que nosotros adoremos al Señor, a menudo escondido en las situaciones sencillas, en las personas humildes y marginales. Se trata pues de una mirada que, sin dejarse deslumbrar por los fuegos artificiales del exhibicionismo, busca al Señor. Nosotros, por eso, como escribe el apóstol Pablo, «no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve; en efecto, lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno» (2 Co 4, 18).

Que el Señor Jesús nos haga verdaderos adoradores suyos, capaces de manifestar con la vida su designio de amor, que abraza a toda la humanidad. Pidamos para cada uno de nosotros y para toda la Iglesia la gracia de aprender a adorar, de continuar adorando, de practicar mucho esta oración de adoración, porque sólo Dios debe ser adorado.